

# PIROCROMO

## Revista estudiantil

Número 19 / Diciembre 2019

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE AGUASCALIENTES

### DIRECTORIO

Dr. Francisco Javier Avelar González  
*Rector*

Mtro. José Luis García Ruvalcaba  
*Decano del Centro de las Artes y la Cultura*

Mtro. Ricardo Orozco Castellanos  
*Jefe del Departamento de Letras*

Dr. José Trinidad Marín Aguilar  
*Director General de Difusión y Vinculación*

Mtra. Martha Esparza Ramírez  
*Jefa del Departamento Editorial*



Imagen de portada:

*Memento Mori*

Daniel Osvaldo Altamira Gasca,  
María del Rocío Velázquez Ramírez y Dim

Las fotografías de la misma autoría que la de la portada representan al amor, la locura y la muerte, ya que estos son, en opinión de los colaboradores, elementos importantes que caracterizan el carnaval y la brevedad de este festejo.

Otros componentes como el exceso, la gula, etcétera, son representados por la locura y demás objetos que ahí aparecen.

### PIROCROMO

*Editora:*

Xóchitl Barrientos Díaz de León

*Editora adjunta:*

Edna Rubí Sánchez Álvarez

*Consejo editorial:*

Alejandro Román de la Torre

Aurea Ariel Ávila Macías

Daniel Isaí Mata Velázquez

Javier Ojeda Ojeda

Luis de Jesús García Oviedo

María Daniela Ambríz Delgadillo

María Fernanda Sánchez Morales

Valerie Anaya Ruiz Esparza

*Consejo consultivo:*

Mario Antonio Frausto Grande

Mtra. Claudia Patricia Guajardo Garza

*Diseño gráfico:*

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

L.D.G. Teresa Quintana Rivas

*Contacto:*

[revistapirocromo@gmail.com](mailto:revistapirocromo@gmail.com)

[www.facebook.com/pirocromo](https://www.facebook.com/pirocromo)

<https://www.instagram.com/revistapirocromo>

[www.twitter.com/PIROCROMO](https://www.twitter.com/PIROCROMO)

\*Pirocromo es una publicación universitaria sin fines de lucro. Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores.

# Índice

**Editorial**

**4**

**Dossier Carnaval**

> **ENTREVISTAS**

**El carnaval clásico  
y contemporáneo:  
Entrevista a Mario Antonio  
Frausto Grande**  
Consejo Editorial

**6**

> **NARRATIVA**

**El Coco**  
Iván Medina Castro

**16**

**El bufón del patíbulo**  
Karla T. S.

**18**

**Suplicante juntaba sus manos**  
Anacleta Pelayo

**25**

**La doble cualidad del cuero  
y de la seda**  
Judith Castañeda Suarí

**29**

**La máscara de la cera roja**  
Sergio Martínez Medina

**37**

> **POESÍA**

**A un damo**

Akra

**35**

> **ENSAYO**

**El carnaval en la cotidianidad de  
“Es lo mismo todos los días”  
de Javier Eduardo Preciado de Santos**  
Flor Pacheco

**45**

> **IMÁGENES**

**Índice**

**60**

> **OTRAS CREACIONES**

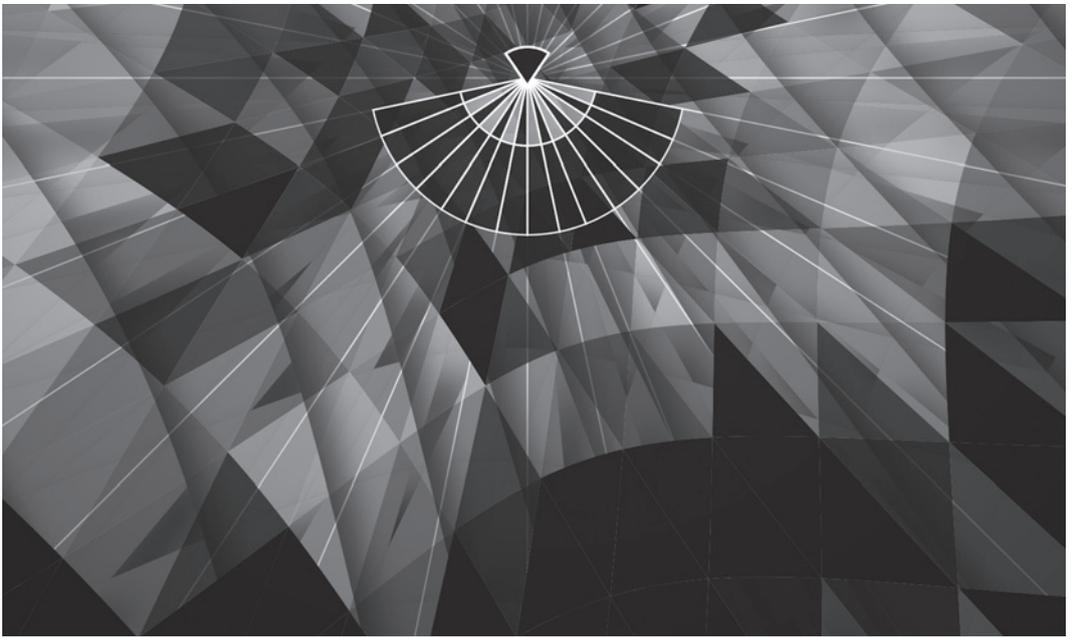
**Die Kafige**

Diego Martínez Díaz

**52**



*Furor amoris*, Daniel Osvaldo Altamira Gasca, María del Rocío Velázquez Ramírez y Dim.



## EDITORIAL

Los festejos, el goce, lo lúdico, el placer, la risa, la exuberancia y lo grotesco los encontramos siempre muy cercanos al ser humano, conduciendo, asimismo, a una representación en la literatura y las artes como un reflejo mismo de nuestra condición; a veces lo interiorizamos tanto que ni nos damos cuenta. Por eso, lector, no es gratuito que este dossier haya nacido de la idea de crear uno sobre la risa, aquella que nos permite hacer más llevadera una situación que nos pone tensos, como un escape que nos permite salir de la cotidianidad en la vida que, de manera oficial, llevamos. A partir de ahí, pensamos en el CARNAVAL como una manera de extender la idea inicial y ahondar más en la posibilidad de subvertir la realidad a partir de un festejo como éste, consolidándose gracias a las influencias que en el salón de clases de Letras Hispánicas tuvimos al trabajar con la teoría carnalesca y las diferentes muestras que encontramos en nuestro contexto; así, nos propusimos una apertura para conocer las distintas perspectivas que se tienen sobre el carnaval: desde lo clásico y pagano, hasta lo actual y oficial.

Nuestro mayor referente teórico ha sido Mijaíl Bajtín, quien lo aborda desde un enfoque clásico y pagano en el contexto de la Edad Media y el Renacimiento. Tras la fuerte inmersión del catolicismo, la idea del carnaval evolucionó, al mismo tiempo que el significado de sus elementos más representativos, por ejemplo, la máscara; llegando hasta nuestros días una concepción diferente a la de su origen, pero no por eso completamente opuesta, pues la alteración de la vida diaria se mantiene con ciertos matices.

Este número de *Pirocromo* pone ante ti el compendio de visiones carnalescas: clásica, contemporánea, lúdica, desoladora, exacerbada, lujuriosa, teórica, incluso mexicana. Nos llevará a conocer el carnaval dentro de nuestro contexto cultural con un *Suplicante* que *juntaba sus manos*; a ubicarnos en el *Beatus Ille* y reconocer nuestro jolgorio interno-personal de la mano de *El Coco*; incluso llegaremos a establecer relaciones entre los textos que, aunque son independientes, comparten rasgos carnalescos, mismos que podemos identificar como humanos. Te aseguramos que vivirás *Tu día de carnaval*.

Xóchitl Barrientos Díaz de León



# El carnaval clásico y contemporáneo: Entrevista a Mario Antonio Frausto Grande<sup>1</sup>

Consejo Editorial



Foto por: Consejo Editorial.

*¿Cuáles son las principales teorías acerca del carnaval?, ¿qué es lo que se dice al respecto? Como sus características, orígenes, etcétera.*

Podemos hablar sobre todo de la teoría bajtiniana, es decir, la de Mijail Bajtín en su libro *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, que justamente es una tesis realizada en torno a la obra de Rabelais, un autor francés situado ya en un contexto del Renacimiento, pero todavía con tintes medievales, y que es un poco como lo fue Cervantes en su momento en España, pues era muy atípico para su época. Lo que hace Rabelais es contar las historias de unos gigantes llamados Gargantúa y Pantagruel y a partir de ello Bajtín analiza todo un fenómeno social, un tanto político y cultural en Europa: él postula que la obra de Rabelais refleja muy bien que aún persisten ritos, celebraciones y costumbres que estaban conectadas al mundo pagano.



---

<sup>1</sup> Actualmente estudia la maestría en Investigaciones Sociales y Humanísticas; es licenciado en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma de Aguascalientes; ha laborado como profesor en las áreas de literatura, lengua y teatro en la UAA; como poeta ha participado en diversos encuentros y antologías publicadas.

Simplemente cuando hablamos de *carnaval*, desde su nombre, se refleja la idea de la “fiesta de la carne”. En esta teoría, que yo diría es la más importante, Bajtín habla especialmente de cómo la obra de Rabelais, un autor que ya está inmerso en un mundo cristiano, trata el carnaval como los rescoldos de un mundo previo a la cristiandad y cómo esto nos permite ver que ese mundo pagano persiste dentro del ya cambiado, lo que crea una división: el mundo pagano como una cultura o visión no oficial que se opone a la forma oficial, el cual tiene que ver con un mundo más solemne, más serio, más dentro de la pureza y lo eclesiástico. Bajtín nos habla, entonces, de cómo la literatura, en un tiempo ya fuertemente cristiano, mantiene la tradición carnavalesca, incluso a veces combinándose con la versión oficial, creando vestigios del mundo que el cristianismo buscaba tapar.

El carnaval también reconoce, en cierta medida, la espiritualidad porque aunque desde la visión cristiana se separe el espíritu y la carne, desde la otra perspectiva se considera que si alimenta a uno, se alimenta al otro, pues la carne es el medio por el cual el espíritu se puede ver satisfecho.

*¿Cuál ha sido la evolución del concepto de carnaval tanto en la teoría como en el uso dentro de obras literarias a través del tiempo? ¿El motivo se ha retomado en las distintas etapas de la literatura?*

Yo diría que se retoma en varias, porque, de alguna manera, se ha ido diluyendo: ya no es tanto de describir las cuestiones en torno a la fiesta, al festival y al jolgorio. Hay una literatura que, sobre todo en la Edad Media y parte del Renacimiento, mantenía una idea de lo festivo; en este sentido, Bajtín, dentro de la teoría carnavalesca, resalta bastante el concepto de la fiesta, pero ésta es como una especie de mundo, de cronotopo muy particular que se injerta dentro de la sociedad oficial y en esa combinación de tiempo y espacio, ese cronotopo particular se lleva a cabo en un mundo alterno al oficial. Esto es más evidente en la literatura antigua como la que analiza Bajtín con Rabelais, por ejemplo, si nos vamos a la tradición hispana, el *Libro de buen amor* aún lo trata, e incluso otras obras también tratan mucho esta idea carnavalesca y muestran una gran descripción de ese cronotopo, de esa fiesta.



No obstante, conforme avanzamos, el concepto de la fiesta ya no se muestra tanto como algo alterno, sino que se mantiene dentro de ciertos personajes y sus personalidades, en situaciones muy particulares de las historias. Entonces, podemos decir que la carnavalización ya no es tan evidente, ni se muestra tan encarnada, pero se ve presente en ciertos aspectos que nos muestran una idea carnavalesca, sobre todo en la actitud de los personajes frente al mundo y cómo sirve como vehículo narrativo.

Pienso, por ejemplo, en algunas obras del teatro novohispano, podríamos decir algunas de Sor Juana, aunque con cierta reserva; asimismo, hay obras de otros autores que presentan situaciones en las que los sexos se alternan, ahí también existe cierta parodia e inversión del mundo que siguen dentro de lo carnavalesco. Si vamos al caso particular de la literatura mexicana, hay mucho de carnavalesco; un autor en el que pienso mucho cuando hablamos del carnaval, sobre todo en el tiempo más contemporáneo, es Enrique Serna, autor mexicano principalmente de narrativa. Él tiene historias muy ácidas, que son muy críticas hacia la sociedad, pero de repente hay espacios muy carnavalescos; pienso en el libro *La sangre erguida*, una novela donde hace una crítica al machismo mexicano a través de la perspectiva de uno de los tres personajes que integran la obra, un hombre de mediana edad, divorciado, el cual se casa con una prostituta que conoció en un *table dance*. Cuando vas leyendo, al principio del texto no te queda claro quiénes hablan, pero es porque está teniendo un diálogo con su pene, de manera que existe una prosopopeya con el falo y se establecen diálogos con él, dándole incluso una mente; es decir, se entabla conversación entre la mente del libido (el pene) y la mente racional (el hombre).



*¿Qué opina de la evolución del concepto de la máscara?, es decir, de que en un tiempo sirviera como salvoconducto del verdadero ser de un individuo y posteriormente sirviera para ocultarlo.*

Yo pienso, sobre todo como lo explica Bajtín, que en el tiempo medieval, el carnaval y el uso de la máscara tenían que ver con sacar lo que verdaderamente eres. Volvemos de nuevo al ejemplo de los mundos oficiales y no oficiales; es decir, mientras tú en la vida cotidiana tenías que cumplir con un rol determinado (un carpintero, un político, etc.) y debías cumplir con una fachada, dentro del carnaval podías usar una máscara y con

ella actuar como en realidad eras: en el carnaval no había reglamentos, la única regla era romper con todo.

Si vemos en ese sentido a la máscara, ¿por qué luego se transforma y se relaciona con un enmascaramiento y un fingimiento? No sé exactamente en qué punto se da esa ruptura, sin embargo, yo creo que esa nueva visión es muy cristiana. Pienso en el Nuevo Testamento de la Biblia, sobre todo en las cartas paulinas; en el encuentro con los griegos para evangelizar se habla de los “hipócritas”, si bien la palabra tiene que ver directamente con la máscara, luego a ésta se le da una lectura muy cristiana desde su etimología y entonces lo hipócrita se relaciona con lo que finge su verdadera naturaleza; yo creo que el cambio tiene que ver con eso. En un momento era: me enmascaro, pero porque la máscara me permite ser quien soy y expresar lo que verdaderamente llevo dentro y el mundo oficial no me deja ser, pero luego, con la fuerte crítica que hace el cristianismo a las fiestas de la carne, se le injerta un concepto pecaminoso o malvado a la máscara y obtiene, desde la moral cristiana, un valor negativo.

Eso creo es lo que da el giro, luego hasta en lo cotidiano cuando una persona engaña o se comporta de forma incoherente, usamos expresiones como “esa persona enmascara sus verdaderas intenciones”, “va por la vida enmascarado”, pero justamente yo intuyo que es por la lectura negativa que le dio el cristianismo. Lo cristiano ve a la máscara como una de esas cosas con las que el humano se tapa para que la parte esencial del espíritu no surja, porque hay que recordar que, según esa visión, el cuerpo es una gran máscara que en realidad está tapando algo que fue puro y se corrompió debido al pecado, pero que ahora busca limpiarse y perfeccionarse. Por otro lado, el carnaval lo ve al contrario y reconoce que, aunque se tiene espíritu, materialmente se es carne y por ello se tienen deseos e instintos que deben ser satisfechos.



*¿Cree que el humor mexicano puede emparentarse con la risa carnalesca?*

Yo creo que sí tiene mucho de carnalesco, por ejemplo, la idea de la muerte que para nosotros es tan familiar por el Día de Muertos, y por ello ya ni reflexionamos que nuestra visión cultural mexicana de la muerte contrasta mucho con las tradiciones de otras partes del mundo, por ejemplo, a un japonés no le puedes hablar para nada de que la muerte es un



*Omnia mors aequat*, Daniel Osvaldo Altamira Gasca, María del Rocío Velázquez Ramírez y Dim.

asunto de risa, pues allá la muerte, los funerales y los difuntos son un tema solemnísimo, incluso, en los funerales visten de blanco, puesto que para ellos es un momento de purificación.

Recuerdo cuando conocí a una chica japonesa en un viaje fuera del país y fuimos a un restaurante mexicano porque ella quería conocer la gastronomía y lo primero que vimos al entrar fue una figura de la Catrina, entonces ella veía eso y otras figuras de mariachis que eran calaveras y me preguntaba por qué estaban vestidas así, por qué eran tan coloridas, por qué se reían, por qué nosotros veíamos a la muerte con esos ojos, y yo pensé que uno es tan mexicano y está tan entrado con la cultura, que no se da cuenta que en el otro lado del mundo algo así es rarísimo. Me pregunto, por ejemplo, en qué habrán pensado las personas de otras partes del mundo con la película *Coco* que, aunque es una visión muy estadounidense de los mexicanos y tiene sus reservas, a más de una persona en el mundo le causó la duda de por qué los mexicanos vemos a la muerte como un asunto de colores y música.

Creo que hay mucho de carnavalesco, porque dentro de la oficialidad se supondría que la muerte debe ser un asunto serio, solemne, callado, como lo es para muchas otras culturas, pero nosotros le llevamos música y comida a los difuntos cada 2 de noviembre. El Halloween, con su origen en los druidas, por ejemplo, además del asunto mercadológico y mediático que lo estadounidense le ha otorgado, se emparenta más con el terror y, por otro lado, el Día de Muertos no se relaciona con el terror; muy por el contrario, nosotros hacemos “calaveritas” justo porque nos da gracia hablar de cómo nos va a llevar la muerte, pero si lo pensáramos desde una visión fuera de lo mexicano, ¿por qué sería gracioso regalar un texto en el que te digan cómo te vas a morir?

Lo carnavalesco de esto es el acto de tomar la muerte y volverla algo risible, a veces incluso se le plasma como tonta o fácil de engañar y, aunque sí existen leyendas que se encaminan más a lo terrorífico, el lado colorido y del jolgorio es más importante. Por ello, no es gratuito que el cine haya tomado en cuenta a México, sobre todo desde la celebración del Día de Muertos, pues es la más característica de nuestro país. La burla, incluso, se ve en el vestir a la muerte como una dama de sociedad en los grabados de Posada.



*¿Qué sucedió con los carnavales y celebraciones paganas con el paso del tiempo?*

Lo pagano del mundo siempre ha permanecido incluso frente a la globalización, al cristianismo y a la tecnología. Hay rezagos de culturas previas al cristianismo y de alguna manera nosotros somos herederos de esas culturas; justamente, tenían ideas bien diferentes a lo que el mundo oficial nos ha transmitido. Pienso, por ejemplo, en un referente muy claro para mí de lo que es el carnaval en Latinoamérica, se trata de una película peruana llamada *Madeinusa*: la historia de un fotógrafo que visita un pueblo pequeño muy alejado para retratar la festividad que los habitantes llevan a cabo cuando es el tiempo santo, es decir, una tradición cristiana muy normal, en la que hay un Cristo que muere, tienen que nombrar una reina de su festejo, etc. Es muy curioso porque incluso escenifican la muerte de Cristo con una marioneta que baja la cabeza al morir y, desde el momento en que Cristo está ya muerto, durante tres días hasta el domingo de resurrección, tienen permitido llevar a cabo cualquier exceso, e incluso crimen, que ellos quieran, porque Dios está muerto. Esa película enmarca totalmente el mundo carnavalesco, porque ahí ellos ni siquiera invierten el mundo, sino que dan por muerta la oficialidad y por ello pueden hacer todo lo que quieran. Ahí podemos ver una evolución carnavalesca, porque ya no es tanto un festival de la carne celebrado a espaldas del mundo oficial, sino que éste se rompe por un momento. El pueblo, de hecho, es real y para ellos, desde el momento en que el Cristo-marioneta baja la cabeza, el cristianismo mismo está muerto durante 72 horas. Rompe bastante con la idea infalible y eterna de Cristo y esto nos habla del deseo del mundo no oficial.



*Viéndolo desde una perspectiva más contemporánea, ¿las manifestaciones como la marcha del orgullo LGBT+ pueden ser consideradas como un carnaval?*

Tiene mucho de carnavalesco con respecto a lo oficial y no oficial, pues, según el discurso de algunos conservadores, es válido luchar por los derechos pero no se debería marchar al desnudo o con ciertas vestimentas, aparentemente por “proteger” a los niños. Aunque hay que considerar que cuando nace la marcha LGBT+, los primeros luchadores de este estilo eran en su mayoría transexuales y travestis y, aunque es muy probable que los iniciadores no lo vieran como un carnaval, el

travestismo tiene mucho de ello, es por excelencia una cuestión carnavalesca: un hombre o una mujer (aunque la tendencia es más hacia el travestismo de los hombres) que se viste de mujer o de hombre, según sea el caso. Así, un hombre que usa vestido, tacones, escotes, incluso pese a que sus características no sean “femeninas”, es muy carnavalesco, pues es una burla a la performatividad masculina y femenina.

La lucha por los derechos de la comunidad LGBT+ por medio de la marcha del orgullo, que se debe en gran medida a la gente travesti y después también a personas gais o lesbianas, llega incluso a ser censurada desde el colectivo gay que cae en el rollo moralino de criticar la vestimenta y exhibición, porque hay un rasgo que no toman en cuenta y es el hecho de que el carnaval también puede ser un acto político: se sale de la manera recatada de la política oficial porque, desde el momento en que las personas travestis o transexuales inician la lucha, estamos frente a una ruptura con el mundo oficial, en este caso, con la clasificación y roles de género de la oficialidad. También tiene otros rasgos carnavalescos porque aborda tabúes, como la sexualidad y la corporalidad; la exposición del cuerpo sigue siendo vista como algo pecaminoso. La verdadera esencia de todo esto es ir en contracorriente a la heteronormatividad.

Esto sucede no sólo en las marchas, también en espacios carnavalescos como los clubes nocturnos, bares, lugares ocultos, oscuros o marginales. Hay que pensar que la gente sí asiste a estos lugares, pero a escondidas y en lo oscuro, porque aunque todos tienen necesidad de lo carnavalesco, no todos lo aceptan. Las Vegas, Río de Janeiro son un gran carnaval y la gente busca esas ciudades.

*¿Ha sido usted partícipe de algún carnaval o celebración carnavalesca? ¿Cómo describiría su experiencia?*

Sí, estuve en Brasil en 2014 como parte de una movilidad estudiantil en la licenciatura y, bueno, ese país es una referencia muy conocida del carnaval y la experiencia fue curiosa. En mi caso, el carnaval que viví era pequeño, en Porto Alegre, Río Grande del Sur; ahí todas las celebraciones se desarrollaban en el centro de la ciudad, y casi toda la zona es peatonal. Es un carnaval que dura días completos y es muy interesante porque hay una ruptura donde se nota la separación con el mundo oficial al cerrarse el perímetro peatonal y ser el único lugar permitido para la



fiesta. El espacio de Porto Alegre donde se celebra el carnaval es lo que se traduce como “ciudad baja” que, por sí sola, todo el año tiene mucho de carnaval porque siempre hay fiesta: muchos antros, bares, prostíbulos y es una zona muy cotizada, ya que todo el mundo quiere vivir donde está la celebración. Hay una camioneta tipo *Van* que reproduce música tanto popular regional como de toda Latinoamérica: samba, bachata, etc.; ello como en una especie de procesión, y tú sigues a la camioneta, te venden alcohol, comida, incluso preservativos, en un marco del exceso. Toda la gente va, se puede decir, en la satisfacción de la carne.

Es interesantísimo que existen “Sambódromos”, es decir, literalmente una pista donde pasan las escuelas y grupos de samba. Es un ambiente muy interesante porque la gente se reúne a ver el paso de estas escuelas, a las que normalmente dirige una persona que las bailarinas van acompañando, generalmente travestis o transexuales, pues son los que se mueven mejor. Incluso en ocasiones invitan a algunas veteranas que, a pesar de su edad, se siguen vistiendo como lo haría una bailarina joven: de manera provocativa.

Culturalmente, siempre se identifica a Brasil como un país festivo y alegre, pero lo es en el carnaval porque es un país muy atacado por los problemas políticos que carga desde hace tiempo y en ese contexto el carnaval es una liberación de sus problemas sociales, de sus dictaduras y represiones políticas. Así, en Brasil se enmarca mucho la función original del carnaval, es decir, la liberación de lo no oficial.

Mr. Pulp presenta:

# "TU DÍA DE CARNAVAL"



ES EL TIEMPO DEL DESCONTROL

APROVECHA ESTE BREVE  
MOMENTO DE LIVIANDAD

NO SABES CUÁNDO  
VOLVERÁS A DISFRUTAR  
DE ESTA LIBERTAD

ACABA CON LA HIPOCRESÍA  
QUE RIGE EL RESTO  
DE TUS DÍAS



HOY  
TIENES  
LICENCIA



PARA ARREBATAR UNA VIDA



...DE QUITAR, LA CARNE

Tu día de carnaval, Mr. Pulp.

FIN.

# El Coco

Iván Medina Castro

*Maestría en Estudios Literarios UAEM, 2° semestre*

*Duerme, duerme, niño lindo,  
que viene el Coco...*  
Antón Chéjov



Entré entusiasmado para gozar de mi primer espectáculo circense, como todos aquellos niños sonrientes y bulliciosos. Fascinado ante aquella novedad de exquisita luz tenue y multicolor, entre animales salvajes y trapeceistas valientes dando maromas mortales por los aires, seducidos por la comparsa de aplausos. Impetuoso. Mis ojos especulativos se clavaron en el payaso cuando se movió, como sólo él sabe hacerlo, tan despacio como el telón. Quedé estupefacto, sin aliento, con el semblante completamente pálido; mis padres, preocupados, trataron de darme ánimo explicándome la función graciosa e inofensiva de aquél. No quería escuchar o quizá simplemente no escuchaba. Al incrementarse mi conmoción, al sentir próxima la presencia de ese bufón de risa mezquina, comencé a tiritar hasta quebrar la frágil vara del algodón de azúcar que sostenía firme con mi mano izquierda. Al saber mis dedos libres, ceñí con fuerza la suave muñeca de mamá y me desvanecí sobre la butaca. Ya en casa, sin resistencia física, volví a aquel cuarto tapizado con cientos de rostros maléficos de arlequines desquiciados; a la sala oscura de mis pesadillas pueriles, a la habitación donde cada noche de función se me hacía morir con el preámbulo del tétrico rechinar de las bisagras del closet, un crujir cambiante cada vez que las pequeñas puertas opacas ceden hasta encontrarse abiertas, y el guiñol, salido de la penumbra, avanza con una delicada morbosidad hacia mi pequeña cama infantil, grávida de suplicios, como otras tantas veces lo ha hecho.



*Protestad divina, María Victoria Velázquez Moreno.*

# El bufón del patíbulo

Karla T. S.

*Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre*

## I



Una multitud se acercaba al cadalso en las afueras de la muralla, seguía a la condenada y al verdugo en procesión desde la plaza con ansias crecidas por ver el espectáculo. La mujer era muy vieja, la más de todas las viejas del pueblo. Su nariz curva parecía apuntar siempre al camino de piedra, por mucho que la anciana quisiera enderezar la joroba que cargaba a cuestas. Se murmuraban las razones de su condena mientras las miradas de ácido se fijaban en sus ropajes desgarrados por los años, en sus pies descalzos manchados de lodo seco, en su andar oscilante a causa de la desgraciada muerte que le esperaba sobre las tablas de madera.

Los mirones expectantes, muy quietos, muy callados, permanecieron en torno al patíbulo mientras todo se preparaba para el deceso de aquella vieja. Se volvieron al unísono cuando escucharon los gritos del bobo del pueblo, que se acercaba por el camino cojeando falsamente con esa figura enana y apuntando con un dedo enflaquecido a la mujer. Tiraba del brazo de su matrona mientras balbuceaba “¡Bruja, bruja!”, con la lengua entumecida contra el paladar y un brillo de admiración inigualable en el rostro.

La anciana siguió al tonto del pueblo con sus ojos fatigados y volvió a bajar la cabeza. El cuello ya estaba rodeado por la sogá áspera

y el verdugo a punto de accionar el mecanismo de la trampilla. Cuando el cuerpo cayó como un latigazo, el bobo aplaudió y sus babas salpicaron el brazo de la matrona. Las carcajadas no se detuvieron hasta que descolgaron a la mujer.

## II

El hermano mayor del bobo estaba de visita en su choza de madera. Era igualmente enano, cojo y un poco más brillante que el menor. Desde las otras viviendas, algunos aldeanos espionaron aquel momento: el bobo hermano mayor tocó la puerta, abrió la matrona y del interior salió corriendo el bobo menor, imitando el trote de un caballo. El hermano mayor lo estrechó en un abrazo fatigado y sus mejillas quedaron salpicadas de la saliva que el otro dejaba con sus besos.

Se sabía que el hermano del bobo se había ido de casa hacía unos dos años. En cada visita, las telas que lo cubrían eran más finas que las anteriores, y se rumoreaba que trabajaba para la corte, aunque nadie podía adivinar de qué serviría tener a uno de los huérfanos tontos trabajando para alguien. Cuando el hermano iba de visita a esas orillas del reino, todos revivían la incógnita de su trabajo en la corte, dada la falta de informantes, pues con el bobo no se podía hablar decentemente y la matrona era una mal encarada. Como ya se dijo, era un tonto, aunque no tan tonto como el hermano menor. Se decía que el hermano era la mitad de bobo que el bobo original.

Dentro de la casa, la matrona soportaba sin hablar las historias sinsentido de los huérfanos y pensaba en la maldita hora en que la madre murió durante el parto. El hermano más bobo contaba con emoción desbordada, ademanes repetitivos y voz de lengua entumida, lo que creía haber visto en las últimas semanas. El otro escuchaba expectante, mientras el tic que arrugaba su nariz hacía levantar el labio superior de su boca entreabierta. El hermano doblemente bobo le hizo prometer lo de siempre y, como siempre, el hermano medianamente bobo lo aceptó con falsa solemnidad. Así siguieron conversando, al mismo tiempo que tomaban el sinsabor frío que la matrona malencarada les había puesto enfrente.

Una aldeana vio al hermano mayor dirigirse con su andar de cojo a la choza del carpintero. El hombre de noble aspecto saludó al enano y tuvo que escuchar sus disparates mientras preparaba leños y maderas.

Se le veía sonreír a la fuerza y asentir con la cabeza inclinada hacia el suelo; mientras tanto, el hermano medianamente bobo hablaba sin parar. Le dio monedas al carpintero y luego se marchó de la aldea. Cuando volvió, días después, solamente fue para recoger su encargo en el taller y para dar un sustento más de monedas a la matrona. Los aldeanos no pudieron despegar la mirada del artefacto rechinante empujado por el bobo hermano mayor.

### III

Las puertas reales se abrieron. El calzado blando de tela roja, los cascabeles en cada punta del sombrero y el característico andar del bufón cojo trajeron a la corte un aire expectante. Aquél era el mejor de los bufones reales, ya fuera por su humor simplista, por sus pantomimas absurdas o sus chistes con poca gracia que caían en un absurdo enteramente degustable para la corte y la realeza (hay que admitirlo: eran casi tan bobos como el bufón, pero vestían telas más costosas).



Las ruedas de madera rechinaron sobre el piso lustroso hasta que el bromista dejó el artefacto en el centro de la sala. El bufón comenzó con sus saludos y bromas habituales, aludiendo a la risa estruendosa del rey, a la delicadeza suntuosa de la reina, a los rostros de nube blanca de las princesas, a las barrigas abultadas y cuerpos enflaquecidos de los cortesanos más y menos importantes... Las risas empezaban a sonar y se preparaban para el acto último, que solía ser el mejor del espectáculo.

El bufón sabía manejar a sus espectadores, quienes callaban en los momentos previstos, sonreían en los preparativos de las bromas y estallaban en carcajadas ante los clímax cómicos del personaje cascabeleante. Todos esperaban con ansias el momento en que el bufón utilizara el artilugio de madera que había llevado consigo.

Por fin, el bufón tiró del patíbulo de madera hasta colocarlo frente a los tronos, al pie de los escalones. El cadalso fue creado especialmente a su medida, con peldaños tan cortos que su andar cojo podía subir por ellos con facilidad; la cuerda y la viga de madera tenían la altura adecuada para él y la trampilla era lo suficientemente ancha para su cuerpo regordete. Lucía como un juguete para niños, e incluso las niñas princesas se sintieron tentadas a jugar con él en su habitación.



*Elogio a la locura I, II, III*, Daniel Osvaldo Altamira Gasca, María del Rocío Velázquez Ramírez y Dim.

El bufón se atrevió a acercarse al trono con una reverencia y ofreció su mano al rey, el cual no se movió un centímetro; dirigió entonces su reverencia a la reina: aquellos dedos apenas tocaron la pequeña mano del bufón cuando éste la condujo hacia el patíbulo. Ella, sin necesidad de subir por los escalones, permaneció quieta junto al artefacto, mientras el enano subía las escaleras con su pie cojo, escalón por escalón, y se acercó al borde más próximo a ella. Le dio una indicación al oído, a lo que ella aceptó, conteniendo la risa en la punta de sus labios y, con su permiso, le colocó una capucha en la cabeza. La sala entera soltaba ciertas risillas, insegura de si podían o no reír a lengua suelta de la figura ricamente ataviada con telas finas y con un saco de patatas agujereado en la cabeza.

El bufón empezó su último acto. Bajó de la plataforma de un salto, se colocó una capa negra sobre la espalda y comenzó a emular con mímica la preparación de brebajes en calderos enormes. Lanzaba risillas agudas mientras frotaba sus manos entre sí con un andar oscilante de bruja anciana. Caminaba hacia su público para conjurar en nombre de Satán y aquellos simplemente reían. De pronto, unos cuerpos invisibles comenzaron a perseguirlo y con sus manos jalaron su cuerpo directo al patíbulo, mientras que el bufón-bruja intentaba asirse de la nada y escapaba para después volver a ser apresado por los verdugos imaginarios. Las risas cortesanas rebotaban en los techos, risas reales sonaban desde el trono y del saco de patatas agujereado.

El bufón-bruja se arrastró por las escaleras del patíbulo. Suplicó a su verdugo al tiempo en que éste le colocaba la soga al cuello. El cómico sollozaba, intentó arrodillarse ante el verdugo, pero la cuerda se lo impidió. Rezaba versos oscuros con la mirada en dirección al infierno, imprecaba contra el cielo y su voz siempre sonaba por encima de las risas que intentaban contenerse. Entonces el bufón cerró los ojos con fuerza, la trampilla del patíbulo se abrió y estallaron las carcajadas.

Fue como un latigazo. El cuerpo chocaba contra los bordes de la trampilla y nadie podía ver que sus pies no tocaban el suelo porque estaban ocupados desternillándose de risa. También el bufón se deshacía en carcajadas de ahogado que había contenido a lo largo de su representación, tosía sin control, se asía de la cuerda, intentando sofocar el dolor de su cuello. Solamente él y la reina escuchaban el tintinear de sus cascabeles, lo demás eran estruendos de risas que rebotaban en el techo, en las paredes y en el suelo de la realeza, en el patíbulo, en los tronos, en las puertas de madera... Mientras tanto, telas, ropajes rojos, blancos,

amarillos, risas ahogadas, toses de anciano, viejas de maquillajes descompuestos, lenguas secas, gargantas graznantes, saliva derramada, pechos silbantes, cuellos enrojecidos, mejillas retraídas, y la desesperación disimulada del bufón que se cobijaba bajo el estruendoso eco abismal de las risas cortesanas.

La reina se había quitado el saco de verdugo de la cabeza y ahora se abanicaba con él para quitar el calor de su sudado rostro. En el cuello se le adherían los cabellos mientras sus pulmones intentaban recuperar el aire perdido en cada espasmo de risa. Tuvo que sentarse en el patíbulo, cuyas maderas temblaban con el peso muerto del bufón. El rey se ahogaba con su propia saliva y tuvo que levantarse del trono para contenerse, luego siguieron sonando desde lo más hondo de sus pulmones aquellos ronquidos vibrantes que eran sus carcajadas.

La enorme sala real se fue apaciguando, las maderas crujían y el cuerpo del bufón seguía pendiendo de la cuerda en el patíbulo de juguete. Nadie dijo una palabra hasta haber recuperado el aliento. El rey, conteniéndose para que su voz sonara autoritaria, imperó con su voz de cueva que prosiguiese; el ceño fruncido, los dedos gruesos tirando de la punta de sus barbas bien cortadas. De pronto asomaba un mínimo rastro de risa en sus labios. El bufón no atendió a su orden, el rey insistió y, tras no obtener respuesta, fingió un aire de solemnidad para condenarlo al destierro. Las carcajadas de la corte estallaron nuevamente y el rey se dobló en dos para acompañarlos con su risotada descontrolada. Cuando pudo enderezarse hizo un ademán y dos hombres aparecieron para empujar el patíbulo en dirección a las puertas enormes de madera; las hijas del rey no dejaban de tirar de la capa de su padre mientras miraban con urgencia la figura del cómico alejarse de los tronos.

Comenzaron los aplausos, las miradas siguieron al bufón y a su patíbulo hasta verlos desaparecer.

## IV

La tarde caía. El camino hacia las afueras del reino, empedrado y terroso, levantaba nubarrones de polvo ante la mirada expectante de los aldeanos, que no podían hacer otra cosa que mirar la silueta detrás de aquella cortina de humo pardo, que se balanceaba aquí y allá con el tintineo infinito de sus cascabeles. Cuando descubrieron la figura del bufón pen-

diendo de la cuerda, nadie pudo contenerse. Los habitantes siguieron en procesión el patíbulo hasta las puertas de la muralla sin parar de reír con sus bocas de dientes amarillos, sus bocas sin dientes, sus bocas de encías pútridas e hinchadas. Hasta los verdugos sin máscara que arrastraban el patíbulo encontraban la gracia en el bufón ahorcado; la capa negra la había perdido en algún momento del trayecto, al igual que uno de sus zapatos de tela roja, los colores en su rostro se habían ido, la risa había quedado pasmada en sus labios blanquecinos y sus ojos permanecían plácidamente cerrados.

En el destierro, sus carnes fueron comidas por animales hambrientos que desgarraron las telas finas de sus ropajes de bufón. No había maderas podridas, pues el mismo día de su destierro volvieron los enviados del rey para arrancarle el patíbulo del cuello y llevárselo a las princesas como recuerdo del divertidísimo acto. Lo único que quedó del bufón del patíbulo fue un montón de telas carmesí estropeadas por la humedad de las lluvias recientes y un esqueleto maloliente y deforme, tan deforme y maloliente como el bufón al que perteneció.

# Suplicante juntaba sus manos

Anacleta Pelayo

*Lic. en Letras Hispánicas UAA, 2° semestre*

**D**esde el cielo siento tu dolor, madre morena, porque ya no llueve igual. No se aprecia tu imagen solemne tatuada sobre los cueros renegridos, tu estampa junto al camionero y las cumbias, ni tu nombre bendito entregado a los hijos de Adán.

Llega el día de tu cumpleaños y la gente se arrima a rezarte, caminan con el mentón pegado al pecho, arrastrando el paso a lo largo de muchas calles amontonadas de sonidos: se abrumba de truenos que salen del tambor de los danzantes, de voces viejas que cantan y rezan, y de las ondulaciones del papel picado en tonos bandera que se alza colorido sobre las cabezas. Luego los peregrinos entran al templo de tu hijo, para habitarlo de rodillas y llenarlo de adoraciones; te cantan «Guadalupana» para olvidarse de sus pecados y pedirte que intercedas, que les dejes tú las rosas y ellos no piensan dejar nada.

El día avanza tan rápido que casi se ahoga la luz, y tu pueblo voltea hacia arriba buscando la hora de marcharse; con su mirada de ojos cansados encuentran un cielo tupidito de gris y hojas verde pálido que caen arrancadas por el viento. Ahora escúchalos de cerca, madre, son tu nación herida que te baila los últimos rituales del año, e inocentemente hacen llover. Pienso que llueve gracias a la danza, que su tambor, sus pisadas y sus aullidos son los que hacen bajar a la lluvia. Y ahí están las gotas de agua, posándose sobre los penachos cargados de lentejuelas que forman flores, mazorcas, y tu rostro ahí bordado, con largas plumas revoloteando.





*Isaac, el inocente*, María Christopher Ávila Macías.

Pero todo eso con que te celebran aquí abajo no se escucha con tantas ganas allá arriba, ¿verdad, Morenita? En otros años el agua les quedaba escurriendo de la ropa, te seguían rezando hasta más noche y traían un mariachi. Y ahora, mira a toda esa gente que ya se va; y a la cabeza de todos ellos va doña Lupe, maldiciendo a sus piernas viejas que avanzan a tropezones y no caminan rápido.

—Ya no podía rezarte más, Virgencita, ya no podía. Eras tú o los frijoles que dejé en la estufa, y pos yo no me quiero morir de hambre.

Ya no hay procesión, sólo un soplo quedito de aire que moja, y el sentimiento de tu dolor.



*Die Gemisefrau, Emilio Román y Betty Salazar.*

# La doble cualidad del cuero y de la seda

Judith Castañeda Suarí

*Bibliotecaria en Profética, Casa de la Lectura*

Míralas: tus manos, la punta de cada uno de los dedos bajo el maltrato de la cola y del metal, de los pequeños martillos adecuados para trabajar el cuero con olor a orina que traen desde las afueras. Esas dos extremidades, hermanas en la materia de tus utensilios de artesano, también guardan recuerdos. La caricia sobre telas con el resplandor de un diamante, las precauciones con el hilo y la fuerza de los golpes con los que esos martillos rescatan del fondo del cuero la forma de un pie humano. Búscalo, entre las fibras, en el brillo rosa de la seda. Deberías percibir el palpito del camino que va desde el calzado hasta un antifaz.



No consideras, no hasta ahora, cercano el carnaval. Piensas en la brusquedad de un zapatero, en los trozos puntiagudos de metal que sostienen un calzado en su sitio, o en tus manos; al final, tan en su hogar siendo toscas. ¿Cómo se moverían en una sala llena de la suavidad de las plumas? “Se desbordarían”, piensas, “se tragarían los materiales como hacen con la *Serenísima*, la sal y las aguas del Adriático”. Pajarracos sin elegancia volarían bajo el techo del taller al finalizar tu trabajo.

Por otro lado, están las liras destinadas a la mano del casero, al horno del pan, a la anciana que cada diez días viene a recoger polvo y a echar agua y lejía sobre los trastos sucios. Seguro en estas semanas los encargos para fabricar un par de zapatos serán pocos; en cambio, destinando tus esfuerzos a la confección de una sombra de anonimato sobre la frente, quizá salves la amenaza de ver utensilios y mobiliario hundiéndose en las aguas del canal.

“Podría ser”, te escuchan repetir los dos niños de la mujer que vive contigo. Te ven dar vueltas, revolver con los pies la suciedad del piso. Una tira de cuero reposa sobre tus ojos, encegueciéndote. Pero no es nada más el metal con el perfil de un noble en una de sus caras, ni

la seguridad de unas cuentas saldadas hasta el próximo mes, cuando se acumulan de nuevo. Es lo de abajo. Ven, jalas a la madre de los niños en cuanto llega, inundando la oscuridad de la pieza con el olor del tinto que le encargaste traer al regreso. A ciegas, ella le acerca la bota a uno de sus hijos; la tira de cuero que te cubriría los ojos ahora pone una barrera entre los suyos y el mundo.

La observas mientras el niño intenta abrir el recipiente oloroso de alcohol y su hermano rebusca en la casaca de ella el pago por las sábanas limpias, libres del tufo de lejía después de airearse una mañana completa. Sus manos, tan maltratadas como las tuyas, devuelven la vista a sus ojos. Protesta, tú entregas silencios a cambio del “¿qué quieres hacer?” con el que se retira a seguir lavando. Piensas, no en sus manos, también inapropiadas para una tarea distinta a la de restregar sábanas en el agua y contra una piedra, sino en sus pies, en esos gastados zapatos sin pedrería ni flores bordadas.

Esta mujer no podría pagar lo que otras dejan en tu bolso a cambio de su calzado. Tampoco la aceptarían en el palco de una de las óperas del *prete rosso*, a donde las dueñas de los zapatos finos suben cada día de carnaval.



“Me duele”, se queja el menor de los niños, y se deshace de los zapatos. Una piedra. “A veces son un grillete”, dices, ya que recuerdas haber visto cojear a su madre cuando su suela tenía un hoyo. Dentro del calzado de seda también llegan a colarse piedras pequeñas o arenilla, incluso algún clavo mal puesto lastima la planta de la dueña. Una prisión para tobillos nobles. Pero no sólo dicha cualidad se oculta entre las fibras del cuero. Desde los pies vuelves a ascender hasta la cabeza, hasta unos mechones castaños, revueltos, hasta el rostro cansado de esa obediente jornada que se inicia al salir el sol y termina cuando la noche es ya señora en los tejados. Oculta en un antifaz, la madre de los niños se parecería a alguna madre de quienes te encargan confeccionar zapatos.

Tomas el cuero, lo colocas, como antes, sobre tus ojos. Entre tu piel y esa tira, ella, sus manos libres de obligaciones con agua y lejía, limpios de polvo sus cabellos, ahora atados en una trenza. Camina dentro de ese par de piezas nuevas de cuero que tanto le aprietan los dedos. La vigila nadie: los vestidos, las casacas, las calzas: el carnaval. Envuelta en el olor de las aguas saladas, alguna mirada intenta colarse entre las plumas y la seda negra de su antifaz; quiere descubrir a quién pertenecen esos ojos, oscuros como el fantasma de anonimato que los vela.



*Beatus Ille I*, Daniel Osvaldo Altamira Gasca, María del Rocío Velázquez Ramírez y Dim.

Así, como tantos otros, como muchas mujeres, ella sube las escalinatas del pequeño teatro. Atrás, el espacio de bancas insuficientes donde los gondoleros reciben basura y escupitajos desde los palcos. Vaporosa: nada en sus pies ágiles ni en la seda negra, ornada de plumería, que recuerde a la lavandera de tantas casas señoriales. Ella lo olvida; lo ignora esa sombra dueña de la mano en torno a su brazo, quizás el *dux* o un patricio. No existe nada, salvo el rumor de las escalinatas bajo pies ansiosos por llegar hasta su asiento.

Un patricio, un *dux*. Ahora es distinto el rostro de esa eterna lavandera: no presencia las notas del padre Vivaldi, sus cuerdas, ni el clavecín que acompaña el hambre de venganza de Armida. La inspiración proveniente de la obra del poeta Tasso, la voz ágil de castrados y sopranos, parecida más a la luz saltarina de una vela, son un silencio aquí, en el abrazo de una góndola que lame un segundo cielo nocturno hecho de agua. “Nunca jamás te veré, encadenado voy a llorar, pero la muerte no ha de recibirme aún; tus ojos son el horizonte de mis días y no quiero dejar de amanecer mirándolos”, canta el hombre del remo, y la patricia, oculta en la tira de seda y cuero, se sumerge en el breve navío, en las lágrimas que humedecen la voz de ese desconocido, en su barcarola de adioses sin remedio y en el pecho de un ignoto, acaso extranjero que en el canal escapa a la vigilancia de las autoridades. Ella también elude un celo con ese antifaz, a juego con el del hombre: se aleja del palacio señorial, de la mano metálica sin pliegues del noble que firmó su matrimonio cuando era una niña de rizos castaños, ajena desde su nacimiento a la incomodidad de inclinarse y frotar, hasta dejar limpias las faldas que en un instante se manchan de vino, del polvillo que alfombra una góndola.

El barquero sigue entonando su canción y su despedida, que convierten el canal en las aguas del río Estigia; es un alfiler mucho más cercano y doloroso que la incertidumbre que ronda alrededor de la victoria de los cruzados en Jerusalén. No quieres seguir oyéndolo. Ese Caronte se desvanece nada más con retirar el fragmento de cuero. “Nunca te veré, tus ojos son el horizonte de mis días”, sigues oyendo, eco de la voz debajo del gondolero. “Nunca”, repites con tus lágrimas, con tu piel huérfana; es tan pequeña la muerte en el trabajo de parto de una mujer del pueblo, tan insignificante para los compositores del *dramma per musica*. Ellos no hubieran volteado a verla, ni a ella ni a la lavandera que les ordena a los niños ayudarle a extender las mantas. A ambas les cerrarían el paso a los palcos. Pero con un antifaz es distinto.

“¿Y si...?”, vuelves a pensar. En el cuero reside la presión de un zapato apretado y también la libertad del anonimato. De materia, como esas piezas curtidas, tus manos podrían poseer dentro de sí lo brusco y lo delicado, los movimientos leves que hacen algo sólido con el incógnito inherente a las épocas de carnaval.

Uno, uno tan sólo, no importa si no trae liras a tu bolsa. Será un ensayo de pliegues mal formados, quizá de zonas donde la cola no fue suficiente para mantener la seda en su lugar, de cuervos perdiendo el plumaje de las alas. Será para ellas, para dos madres: la viva y la sepultada en el lugar sin mármol donde se arroja a quienes no pueden pagar lo suficiente.

Cuando se haya secado la última gota de cola, y la plumería y el botón de rosa formados con seda negra estén fijos, un par de pretendidas patricias subirá a los palcos, en donde un sirviente escancia vino y ofrece golosinas en una charola. Los dos fantasmas irán a ocupar el respaldo desde el cual, si otro fuera el día y el vestido de sus rostros, recibirían junto al gremio de los gondoleros los insultos de la clase noble. Los demás verán su rostro velado, permaneciendo lejos de sus pies, presos en unos zapatos que de tan nuevos les lastiman el empeine.

El menor de los niños, todavía descalzo, entra a buscar agua; el sol le ha encendido la cara, entre sus dedos el agua y la tierra se volvieron lodo. “Dile que venga”, pides; él sale corriendo sin contestar. Lo mismo que otras veces, cuando el taller se inunda de encargos: su hijo le tirará las faldas y ella entrará secándose las manos en el delantal, los pensamientos hundidos en el fastidio de otro día de retrasos que tal vez mermen la paga y la rodeen de reproches; lista para extender los pies delante de ti, finos tanto como los de la nobleza, aunque inmersos en un ir y venir resultante de heridas, en callosidades; ignorante de la libertad que has de cincelar tomando la medida de su nariz, de sus pómulos y su frente.





*Beatus Ille III*, Daniel Osvaldo Altamira Gasca, María del Rocío Velázquez Ramírez y Dim.

# A un damo

Akra

*Lic. en Letras Hispánicas UAA, 4° semestre*

A un delicado damo  
de cabellos empíreos, nubosos,  
al que mucho yo amo,  
hago estos primorosos,  
de caballera, versos provechosos.

Blanca tanto tu cara  
cual de sabiduría antigua lleno  
pergamino de cara  
Tebas, baluarte heleno;  
cual de incandescente luz cristal  
[pleno.

Ojos como gemelas  
habitaciones de náyades quietas  
—tantos de suelos velas  
que no hay fondo repletas—  
y dunas de tierras, para hierbas  
[dietas.

Ni de clavel ni rosa  
boca hecha, sino con hojas

[jazmín,

tal que la Ruborosa,  
o alba hermana, hace fin,  
o no palidecer al color ruin.

Y de cadente masa  
para estandarte es de luz y papel  
tu mástil; o coraza  
la que guarda el fiel  
de tu floral e inverso soplo andel.

Sino a mis humanales,  
que, fallas ames y no como deas  
favorable a amorales,  
te ruego mis líneas,  
bello amado, de tu corazón seas.





*Contemplationem mundi*, Daniel Osvaldo Altamira Gasca, María del Rocío Velázquez Ramírez y Dim.

# La máscara de la cera roja

Sergio Martínez Medina

*Escritor y docente en el Bachillerato en Artes y Humanidades*

## *Ciclo 1614, Cuarta Era*

### *Venecia*

Supo que la lepra había arrasado Venecia hacía apenas unos ciclos, y aun así se embarcó. Puso un par de monedas en la mano del joven que había llevado su baúl hasta la posada y lo despidió con un gesto de la mano izquierda. Llevaba un mes navegando de aquí para allá, sirviendo a los intereses del Duque de Osuna, y sólo le pedía a la vida un día para descansar. Hacía unas semanas había estado en Pax Áurea, pero los malditos Relicarios lo descubrieron y tuvo que huir de ahí. Supuso que lo buscarían por tierra, así que abordó el Aqua Clara y rodeó el Mare Nostrum tanto como pudo. Dejó su cuaderno sobre el baúl y se sentó en la cama. Aflojó las correas de cuero de su refuerzo sintético y permitió que los músculos atrofiados de su pierna descansaran. Afuera, el jolgorio de una Venecia que nunca dormía le reventaba los tímpanos. Le apodaban “Corcovilla”; el miserable de Góngora lo había denunciado ya con los Relicarios de Muspel por robo, y Osuna, siempre dispuesto a darle la mano a su amigo, lo mandó lejos mientras limpiaba los nombres que debieran limpiarse para que pudiera regresar; por lo pronto, él debía hacer encargos. Con el Duque las cosas nunca eran tan fáciles.

Se levantó una vez y su cuerpo se inclinó de inmediato a la izquierda. Durante su niñez, lloró su deformidad y cojera, pero, con el paso de los ciclos, éstos se habían transformado en parte esencial de su disfraz. Se quitó las ropas, las echó en una cubeta de madera que le dejaron ahí y se recostó en la cama. Eran las ocho de la noche de Plu-



tón 13 en 1614, Venecia estaba en el apogeo de su poder como nación mercantil, cuando lo habían mandado a asesinar al elfo Giovanni Visconti, un importante comerciante de la Gallia que controlaba buena parte del tráfico de las islas. Cerró los ojos y se quedó escuchando el alboroto del Carnaval durante unos minutos. Decidió que no podría dormirse así y se asomó a la ventana. Después anotaría:

*Luces, Lisi, luces que inundan todo, que embriagan los túneles y montes y forjan un laberinto de oro entre las arterias de Venecia. Llegué esta noche y me impactó el tamaño de sus muelles, los árboles que señorean los muros y cómo la gente vive una vida nueva más allá del sol. Cientos y cientos de escalones se suceden y cubren los montes; mata aquí la luz, pero también matan los suelos, pues los montes se vengan de la civilización destrozando las piernas de los incautos con su altura. Si te pierdes en Venecia, me dijo un marinero, basta con que sueltes una moneda y la sigas cuesta abajo; en algún momento llegarás a los muelles. Y es verdad. Imperio tienen los edificios aquí en la tierra, pero el mar manifiesta su señorío en las aguas, aun en el aire húmedo y pesado y, no conforme con ello, extiende su reino hasta el horizonte.*



*Luego me alcanzó la música, tan de pueblo, tan de gente que sólo ríe y quiere cantar. Y es que aquí criaron el Carnaval, Lisi: músicos y baile y luces, gente que lleva doble máscara y juega sobre los empedrados; todo en el Carnaval son risas y velas, y son infinitas la gente y las plazas. La luz se multiplica, se refleja en las velas y los ojos, y el oro de las prendas del mundo pareciera no agotarse jamás. Aquí la noche es caminar junto al Quijote, pero también es la Commedia dell'Arte, las folías, los saltarellos. La gente late e improvisa, como entre sueños, y andar entre ellos es perderle el miedo a morir. Los caballos temen entrar y se espantan del frenesí de la fiesta. Siempre hay alguien que no duerme durante el Carnaval. A lo lejos alguien canta.*

“Al carajo”, pensó. Tenía algo que hacer y era mejor empezar de una vez. Se volvió a colocar la pierna que le fabricaron los gnomos de Atenas: un montón de aceite, varas y engranes que resbalaban y chocaban unos con otros, que le permitían andar sin cojear. Abrió el baúl y sacó dos frascos de vidrio sellados con corchos, una túnica raída, un frasco de cera de abeja y una daga de manufactura londinense. Se calzó nuevamente la ropa que había echado en la cubeta, salió de entre los muros de madera y cal que hacían de posada y empezó a buscar la sombra que

lo cobijaría. Pasó de las calles bien iluminadas a callejones estrechos y, cuando encontró una callejuela lo suficientemente oscura, se cambió de ropas y ocultó los lentes pesados y redondos que le ayudaban a mitigar su miopía. Se aseguró de ocultar sus prendas y su pierna mecánica entre la basura, se untó cera roja sobre los bigotes y la barbilla –que llenó de barro y lodo para simular lepra– y salió cojeando de nuevo al reino de la luz. Desde la ventana se había fijado que el Carnaval albergaba a todo tipo de gente; que ricos y pobres bailaban unos junto a otros; era el único momento en que don Dinero perdía amigos, en que dejaba de ser tan poderoso caballero.

Se acercó a la plaza oeste cojeando y empujando, sacó uno de los frascos. La gala del Carnaval lo deslumbró: máscaras, oro, plumas y telas se sucedían en un torbellino de perfumes y risas, y de pronto no supo qué hacía ahí; los antifaces, con sus ojos de muerte, lo perforaron con sus abismos; los arlequines y bufones lo aventaron de un lado a otro; tuvo que aferrarse a su fe y pedirle a Kósmon que no lo abandonara. La música y los gritos le sacudieron las manos; la visión de aquel amasijo de carne y cuerpos lo cegó. Alguien le dio un codazo y la botella que tenía en la mano cayó haciéndose añicos.

“¡Mierda!”, pensó, “¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!”. Jaló a un par de personas, empujó a otro tanto y corrió como le era posible sin su muleta; detrás de él, justo donde se había roto el envase, subió el humo oscuro al enemigo cielo, abrazando a los arlequines que bailaban en torno suyo. La música que los rodeaba fue superada por una marejada de tos que procedía de una veintena de personas. El humo se expandía rápido; en donde cayó el frasco ahora había un hueco: un ácido muy potente carcomió la piedra misma, y fue hasta que cayó el primer bailarín que la gente se detuvo. La confusión le dio un pequeño respiro. Retomó el paso cojeando. Los bailarines pasaron al vómito poco después y luego a los gritos. Un Relicario se acercó a las personas y gritó “¡asesino!”. Sus compañeros, todos vestidos de diferente manera, se acercaron a quien dio la alarma; intentó quedarse lo suficientemente cerca para alcanzar a escucharlos.

—Diego, ¿dónde está don Giovanni?

—Con los demás. El Carnaval sigue. No necesitamos que cunda el pánico. Diles que refuercen la zona. Nadie entra sin que lo revisen.

—¿Qué fue?





*Plaga*, Miguel Ángel Fernández Sánchez.

—Algún miserable trajo una quemavientos.  
—¿Los gnomos?  
—No, no creo. Están peleando alguna guerra con los troles.  
—¿Madrid?  
—Es posible. Hace unos días descubrieron a uno de los de Santiago en Pax Áurea.  
—Supe que se les fugó.  
—Como el humo, Leo, o un jodido fantasma.  
—¿Crees que intenten algo más hoy?  
—Tal vez sea Granada. Los califas quieren meter sus narices en Hiva con ayuda de los orcos. —Diego escupió—. Sólo atacarán si son idiotas.

Y Quevedo lo era, cuando necesitaba serlo. Se untó algo de mugre sobre la cara, recuperó la compostura y logró enfocarse una vez más. Se dirigió hacia el norte, más allá de la segunda plaza, y bajó desde ahí como si hubiera llegado desde Los Alpes o Bärland. Por suerte para él, los Relicarios estaban tan distraídos que ni siquiera se fijaron en el leproso que entró junto al torrente de almas que llegaban desde aquel acceso de la ciudad. Tal vez los guardias no movieron el mensaje, o los Relicarios de ahí estaban ensimismados con la música y las mujeres; sea cual fuere el caso, él pasó sin mucho problema. Baltasar Gracián diría, algunos ciclos después, que, visto dos veces, ni el sol imponía ni espantaban las bestias; él entendió su destino mucho antes de que le pusieran palabras a lo que iba a hacer. Hizo como que tropezaba y logró robar una máscara blanca a alguno de los asistentes. La música de violines y tambores reverberaba en los edificios, y las luces de las lámparas y las velas le daban a la plaza un aire etéreo, casi pagano.

Llegó una vez más al centro del baile e identificó a Giovanni Visconti por los tres guardias que lo rodeaban, incluso antes de verlo. Los Relicarios, aunque enmascarados, no se apartaban de él; tan perdidos estaban contemplando a su protegido que ni siquiera se cuidaban entre ellos. “Pero son Relicarios”, pensó, “la Academia no...”. No sería la Academia, al menos no la de Madrid. Se aseguró de que lo vieran cojeando, exageró sus tropiezos y aventó a uno que otro idiota que le estorbaba. Se aproximó a don Giovanni, aprovechó la velocidad de sus manos para cubrir de veneno la hoja de su puñal, se acercó a uno de los Relicarios y, sin

hacer un solo sonido, le atravesó la axila de abajo hacia arriba y le echó una copa de vino en la cara. El movimiento fue tan rápido que el guardia se desplomó sin oponer resistencia. La gente de los alrededores, creyendo que estaba ebrio, lo empujó lejos, pasándolo de mano en mano, hasta una orilla donde habían aventado a todos los borrachos.

Esta vez fue su pierna atrofiada la que lo traicionó. Estaba por cubrir la daga con una segunda dosis de veneno cuando un dolor lo atravesó como un relámpago, lanzó un grito, sujetó el envase y tropezó. Se rehízo rápidamente, pero los Relicarios alcanzaron a ver el puñal. Uno de ellos se acercó en dos pasos; por instinto, lanzó el ácido a la cara del guardia. La máscara lo protegió, pero la fórmula le llegó a los ojos. Éste lanzó un grito horrible que se escuchó al otro lado de la plaza. don Giovanni empezó a empujar a la gente. Él se maldijo y arrojó la máscara que llevaba. Un delgado pasillo se abrió ante él y utilizó su pierna derecha para lanzar el cuchillo con toda la fuerza que pudo. La hoja voló entre máscaras y cabelleras y se clavó justo entre los pulmones de don Giovanni. El veneciano cayó con un gemido para no levantarse nunca más.



Empujó a un enano que bailaba junto a él y le arrebató la máscara. El enano gritó un par de cosas, pero regresó al baile cuando se dio cuenta de que sería inútil perseguirlo. A codazos y empujones se fue abriendo paso entre la multitud. Robó una capa, un abanico y un bastón y disminuyó el paso. Las luces y la música se iban haciendo más débiles, pero se dio cuenta muy tarde de que la gente de su izquierda le había abierto el paso a unos Relicarios que gritaban que nadie saldría de la zona hasta que los revisaran. El enano de más atrás reconoció su máscara y le dijo a los Relicarios que ahí estaba el ladrón. El corazón y los huevos se le fueron a la garganta. Lo rodearon en un instante; la gente detrás de él se volvió un muro y recordó la máscara que se había fabricado con cera roja. Tiró la máscara al suelo y gritó “¡Tengo la lepra, cabrones! ¡Tengo la lepra!”. Se arrancó un pedazo de mejilla y lo arrojó al enano. El grito que lanzó lo habría hecho quebrarse de risa en cualquier otro momento, pero entonces lo alivió. El enano empujó a los oficiales para pasar y corrió detrás de él, entre tropezones, haciendo ruidos y lanzando pedazos de cera enlodada a la gente. El pánico se apoderó de la plaza y los músicos dejaron de tocar. La lepra había llegado a llevarse a todos. Corrieron y empujaron, y él logró ponerse a salvo en los corredores.

Se mezcló una vez más entre la gente, se quitó lo que le quedaba de cera con la capa que traía, abandonó la prenda, pero conservó el bastón, y se preguntó si habrían alcanzado a verlo a los ojos. Se acercó a los borrachos, rehízo su disfraz y puso todo cuanto le era humanamente posible en un andar menos tullido. Había practicado caminar con el bastón y hacerle al ciego, y entonces agradeció bastante poder caminar casi recto. Se abrió paso entre la multitud, gritando y apurado como los demás, diciendo que la peste había encontrado un nido en la embriaguez. Un par de Relicarios lo examinaron pero, como no sabían qué buscaban, lo dejaron ir. Se dirigió al este, se deshizo de la máscara y el bastón, tomó los caminos más torcidos que pudo, llegó a donde había escondido sus cosas y se vistió nuevamente como comerciante. Regresó a la posada, se limpió rápidamente y se vistió sus calzones de algodón. Se aseguró de que su túnica de los Caballeros de Santiago fuese visible para todo aquel que entrara. Se ajustó la pierna mecánica y se acostó en la cama.

Dos Relicarios se colaron a su habitación bien entrada la noche. Lo levantaron de un tirón, le dijeron algo confuso, vio las paredes blancas que lo rodeaban, lo metieron al barco comerciante más cercano y luego se alejaron de él. Desde ahí, Francisco de Quevedo y Villegas vio que las luces de Venecia se habían apagado. Y se apagaron setenta vidas en la estampida que comenzó con don Giovanni. Y se apagó la música y el Carnaval; y la lepra y su fantasma azotaron Venecia, que se había oscurecido bajo una sombra que ni siquiera era real.



*Elogio a la locura IV, Daniel Osvaldo Altamira Gasca,  
María del Rocío Vázquez Ramírez y Dim.*



# El carnaval en la cotidianidad de “Es lo mismo todos los días” de Javier Eduardo Preciado de Santos

Flor Pacheco

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

**M**ijaíl Bajtín (1895-1975), crítico, teórico y filósofo, en su obra *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, introduce la teoría carnavalesca como subversión de las normas rígidas de la aristocracia, la cual, como modo de vida, se censura en el mundo moderno y tiene carácter de oficialidad sólo en la literatura y las artes.



La cultura carnavalesca, constituida por la risa y una diversidad plena, opuesta a la oficialidad, se manifiesta en “las fiestas públicas carnavalescas, los ritos y cultos cómicos, los bufones y ‘bobos’, gigantes, enanos y monstruos, payasos de diversos estilos y categorías, la literatura paródica, vasta y multiforme, etc.” (Bajtín 4). Bajtín teoriza sobre las tres principales categorías en las que podemos ubicar las manifestaciones antes mencionadas:

1) Formas y rituales del espectáculo (festejos carnavalescos, obras cómicas representadas en las plazas públicas, etc.); 2) Obras cómicas verbales (incluso las parodias) de diversa naturaleza: orales y escritas, en latín o en lengua vulgar; 3) Diversas formas y tipos del vocabulario familiar y grosero (insultos, juramentos, lemas populares, etc.) (4).

A partir de la teoría del carnaval, el objetivo de este trabajo es realizar un breve análisis sobre el texto “Es lo mismo todos los días” de Javier Eduardo Preciado de Santos, y determinar cómo se encuentra el carnaval, o algunos rasgos distintivos de éste, tomando en cuenta otro

concepto teórico: el realismo grotesco (principio material y corporal) y la primera categoría de las manifestaciones carnavalescas, es decir, esas formas y rituales del espectáculo, equiparada a una situación de la vida cotidiana con visibles rasgos carnavalescos. Es importante considerar que el texto literario plantea una situación carnavalesca diferente, pues es constante en la vida cotidiana, como un carnaval oficial y aceptado por la sociedad monótona: no existe una subversión que plantee una segunda vida.

Bajtún hace además otra puntualización sobre los festejos carnavalescos: durante éstos no había jerarquías sociales, todas las personas por igual llenaban calles enteras y se mantenían de esa manera por días. Así, el núcleo cultural se encontraba entre la vida y el arte regido por el juego y, por tal razón, se vivía como parte inherente al pueblo y lo popular, pues “el carnaval no era una forma artística de espectáculo teatral, sino más bien una forma concreta de la vida misma, que no era simplemente representada sobre un escenario, sino vivida en la duración del carnaval” (6). Igualmente, dentro de los festejos siempre se encuentra la risa, general y universal, como patrimonio del pueblo.



Otro aspecto importante en el carnaval, como se mencionó anteriormente, es la vida material y corporal, “imágenes del cuerpo, de la bebida, de la satisfacción de las necesidades naturales y la vida sexual” (11), bajo lo denominado realismo grotesco y, particularmente, principio material y corporal, donde lo importante es el pueblo y no el individuo. “El centro capital de estas imágenes de la vida material y corporal son la fertilidad, el crecimiento y la superabundancia” (11), además, lo fundamental en ellas es “exhibir dos cuerpos en uno” (14).

Entonces, el texto a analizar puede resultar ambivalente, pues si bien las imágenes que plantea son totalmente de carácter carnavalesco y están dentro del realismo grotesco, este efecto se puede ver cancelado por la idea de monotonía social, dada desde el título, así como las alusiones constantes a querer salir de la situación que se vive. Esto último lo dota de un carácter de oficialidad que, en términos generales, es lo contrario al carnaval.

Para ejemplificar lo anterior en casi un sinsentido del texto, se tiene el carnaval en las oraciones que nos hacen alusión total a un festejo y ritual: “El sudor se convierte en vapor. Las voces se mezclan. La música penetra en cada cuerpo. La luz ilumina los pobres rostros impacientes. [...] Piernas extrañas se saludan” (Preciado 56), y “las voces



*Dum vivimos, vivamus V*, Daniel Osvaldo Altamira Gasca, María del Rocío Velázquez Ramírez y Dim.

cantan sin ton ni son. El silencio aplasta la música. La música aplasta los cuerpos. Los cuerpos aplastan el tiempo. El tiempo aplasta el silencio. [...] Risas de parejas. Dulces amargos. Días de noche. Esculturas sin esculpir. Amigos desconocidos. Recuerdos de cuarenta y cinco extraños” (56-57). Todos los presentes se encuentran en igualdad de estatus: el sudor, las voces, la música, la luz, el tiempo, el silencio, la risa y el hecho de que no se conozcan entre sí son cuestiones que a todos les afectan y pertenecen. Además de que son amigos desconocidos, amigos por vivir un mismo carnaval, pero sin conocerse realmente.

Al mismo tiempo, se identifica el principio material y corporal, pues las imágenes del cuerpo van de lo normal, fisiológicamente hablando, hasta lo grotesco, con oraciones como: “Los pies responden con un ritmo al mismo compás. Hombros rozan entrepiernas intranquilas” (56), “Los granos explotan. El pus se hace duro” (56), y ahondando en otras que resaltan el poder del cuerpo, pero manteniéndose dentro de lo conocido, se encuentra algo que fácilmente podemos imaginar: “Los cuerpos aplastan el tiempo” (56), hasta llegar a la deformación grotesca, con fluidos y elementos externos que a simple leída no es tan sencillo imaginar:



Dos rostros forman tres ojos. Los músculos se vuelven líquido. Los huesos burbujan. Los párpados flotan. [...] Las bocas se convierten en pezones. El maquillaje ya no se adhiere a nada. El dedo gordo se clava en el hígado. Las uñas bucean entre vértebras. Muñones lloran saliva. [...] El estómago se cose. [...] Un dragón en el abdomen equivocado. Mocos donde sólo había jugos gástricos (56-57).

Además, es clara la alusión a la vida sexual por todas las imágenes corporales desinhibidas, pero que confirmamos y remarcamos: “Alguien sube. Cae desprevenido en el mar de sexos. Los tendones se vencen. [...] Hijos sin madre. Auroras boreales en el baño. Escuela de sillas. Risas de parejas. [...] Lenguas bajo paladares sin color. [...] Canas en el pubis” (56-57). En el mismo hilo, y sumándose a lo grotesco, encontramos el centro capital (fecundación principalmente), la exhibición de dos cuerpos: “Un feto dentro del colon” (57). Bajtún establece que en la exhibición de dos cuerpos, uno está cerca de la muerte y el otro cercano a nacer; en este caso, el feto da la idea de una nueva vida, mientras el humano de la muerte, porque, al seguir leyendo, Preciado escribe sobre

un humano inerte, lo que sugiere el deceso: “Se tensan los cráneos. [...] Combinaciones de humano inerte. Costras de otro ser” (57).

Entonces, como se ha propuesto, se infiere que el carnaval desaparece por la idea de monotonía moderna puesta en el título: “Es lo mismo todos los días”, y del juego entre el ir y venir, constante en oraciones que se repiten: “Quieren salir de aquí. [...] Quieren salir de aquí. [...] No quieren salir de aquí. [...] No quieren salir de aquí” (56-57), y al final “Quieren salir de aquí. [...] Salen de aquí” (57). Esto último puede leerse desde una ambivalencia: 1) quienes están involucrados quieren escapar de la monotonía, de lo que viven día a día, para disfrutar de otro modo de vida más tranquilo; o 2) quienes, al querer salir, desean la muerte, lo cual no sería ilógico si consideramos que la mención del humano inerte y la alusión a otro ser agente están muy cercanas al final de “Salen de aquí” (57).

A lo largo del texto de Preciado de Santos es claro el carácter carnavalesco, más que nada por la idea de un festejo desinhibido, las deformaciones corporales y el realismo grotesco, en el que todos por igual, dentro de un mundo de desconocidos, participan. Sin embargo, a partir de todo esto nacen las preguntas: ¿realmente es una cotidianidad monótona actual de la que se quiere salir y, dentro de la idea de lo actual (por ende, oficial), es correcto inferir que el carnaval desaparece?, ¿o más bien la continuación performática de éste en un estilo de vida diferente?, pues, si bien el humano muere o se vuelve inerte, hay quienes pueden continuar; por ejemplo, ese feto que representa la fecundidad popular. Preciado sí da la idea de seres que salen de ahí y que, de alguna manera, se liberan, pero también de una música que no termina: “La música continúa. Salen de aquí” (57). La música, entonces, funge como rasgo inherente al festejo y rito carnavalesco que *penetra en cada cuerpo*.



### ***Fuentes de consulta***

Bajtín, Mijaíl. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: El contexto de François Rabelais*. Alianza Editorial, 1987. Impreso.

Preciado de Santos, Javier Eduardo. “Es lo mismo todos los días”. *Pirocromo* 15. Junio 2018: 56–57. Impreso.





*Dum vivimos, vivamus III*, Daniel Osvaldo Altamira Gasca, María del Rocío Velázquez Ramírez y Dim.

# Die Käfige

Diego Martínez Díaz

*Lic. en Médico Cirujano UAA, 8° semestre*

OTRAS CREACIONES

52

Corría el año de 1940 y estaba dispuesto a no volver jamás al Heer; tanto sadismo había consumido mi poca fe en la humanidad. A duras penas escapé con una Luger y varios cartuchos, un poco de pan de tres días de antigüedad y patatas que podían hacerse pasar por piedras. No tenía a dónde ir, ni siquiera me importaba caminar por el bosque helado con tal de no toparme con las tropas que el mismísimo *Führer* había decretado movilizar desde Múnich. Nunca nos dijeron nuestro objetivo exacto, pero apostaría mi reservada inteligencia a que íbamos en marcha hacia Francia. Cuando tuve oportunidad, pasando por una senda llena de arbustos que colindaba con el bosque, me escabullí y emprendí rumbo hacia Habsburgo. Llevaba días caminando, trepando e incluso arrastrándome como gusano en la húmeda tierra; se me terminaban las provisiones y no tenía tampoco alguna pista de mi paradero. Fue entonces cuando decidí girar mi trayecto un poco. Mi destino: Dachau.

Por un tiempo se mencionó que se habían instalado campamentos alrededor de Dachau por el hecho de tener un campo de concentración cerca, éstos en los cuales se hacían trabajos forzados, no daban comida a los prisioneros, las violaciones eran diarias a mujeres y niños, y sabe cuántos alardeos más llegué a escuchar de tanta barbarie. De hecho, los soldados que eran trasladados de los campos para encuadrarse en mi antiguo escuadrón hablaban todas las noches de cuántas personas habían violado y luego destripado enfrente de sus familias. Me enfermaban. Era una de las tantas razones por las cuales no quería volver, nos hicieron secuestrar inocentes y matarlos delante de sus congéneres, destazarlos y colgar sus cuerpos de las defensas de los *Sonderkraftfahrzeuge*, se arrastraban por kilómetros y luego se quemaban en las plazas sólo para humillar a la “raza inferior”.

La razón por la cual quería llegar a las cercanías de Dachau era abastecerme; pero no podía sólo entrar, pedir comida y luego marcharme, necesitaba burlar la seguridad y llegar a su almacén, si es que tenían alguno. Estaba cansado por no haber dormido en un tiempo, pero tenía que llegar, si no moriría de hambre, o peor, me encontrarían tropas del Heer. Lo único que podía hacer era seguir por el bosque poniendo fe en los conocimientos que me habían implantado: esconderme entre el fango, ocultar mis huellas, observar el ambiente y volverme uno con él.

Llegó una vez más la noche y el cielo se pintó oscuro con centellas resplandecientes que incluso me hacían olvidar que estábamos en guerra, pero no podían hacerme olvidar mi hambre; recordé entonces cómo uno de los soldados de alto rango juraba que alguna vez una de sus tripas había devorado a otra, en ese momento no le creí, pero dentro de mí sentía que estaba pasando. Me recosté entre dos colinas tapizadas de árboles robustos que podían, sin lugar a duda, esconder mi existencia por un rato de sueño. Metí un pedazo de pan a mi boca seca, esperando que se humedeciera para poder así tragarlo con alivio; mientras lo hacía me llegó un aroma intenso como si quemaran algo, tal vez yesca. Me arrastré hasta el lugar de donde provenía tal olor, encontrándome así con un pequeño fuego; miré hacia los lados, no había señales de que algo o alguien lo hubiera empezado. Pasó por mi mente la posibilidad de una trampa puesta por los soldados que se encontraban seguramente en las cercanías, pero, incluso si fuera de esta manera, tendría que ser muy obvia la situación.

Al poco rato apareció una niña entre los matorrales, no tendría más de ocho años y guardaba algo entre sus manos. Me sorprendió el hecho de ver a un niño en un lugar así, a mitad de la noche, cerca de militares. En voz baja me pregunté qué estaba pasando.

Posteriormente apareció un niño que podría tener diez años o tal vez más, me di cuenta entonces que vestían de igual manera los dos. “¡Prisioneros!”, pensé. Los observé durante un buen rato: al parecer discutían un poco por lo que tenía la niña en la mano; el niño traía una bolsa y dentro algo se movía. Intenté acercarme más para escuchar qué estaban murmurando, decían algo sobre comida mientras señalaban la bolsa. Entonces, el niño gritó:

—¡Yo lo haré, como siempre! —Vi cómo agarraba el palo afilado que escondía la niña detrás de su espalda, abrió la bolsa y perforó aquello que se encontraba dentro de la misma. Un chillido salió del morral, el

cual empezó a gotear sangre. El niño sacó una ardilla empalada, la lanzó al fuego y todos observamos cómo la cena se cocinaba.

¿No sería más fácil salir de mi escondite y asesinar a esos niños por un trozo de carne? Algo dentro de mí me lo pedía, era mi hambre, la cual podía saciar dándome un festín con la ardilla, o bien con los pobres niños. Sin embargo, y viéndolo por otra parte menos hostil, si esos niños habían cazado por sí mismos un poco de alimento, significaba que habían estado viviendo algún tiempo en el bosque, que probablemente tendrían un asentamiento con agua, cobijo y tal vez otras cosas valiosas que me podrían servir en mi salida del país.

Salí poco a poco de entre los arbustos para que no se asustaran ni salieran corriendo despavoridos. Me vieron con una expresión extraña, pero ni siquiera se inmutaron, como si nunca hubieran visto algún soldado o lo que representaba para su vida. Me senté junto a ellos en la fogata, guardaban silencio mientras la ardilla, que ahora se veía exquisita, se rostizaba en el leve fuego hecho con material inerte del bosque.

—*Hallo, Kinder*— dije con una voz amable.

Los niños me voltearon a ver, sacaron al roedor del fuego y me lo ofrecieron. Mientras comíamos la poca carne que tenía el animal, les pregunté lo esencial: ¿de dónde venían?, ¿dónde dormían?, ¿por qué no me tenían miedo? Ellos respondieron con un largo silencio. Terminando la cena, el niño se paró, llamó a la otra pequeña e hizo señas para que lo siguiera. Me di cuenta luego de que no sabían muchas palabras, solamente las suficientes para comunicarse entre ellos.

Nos adentramos más en el bosque, que se tornaba más oscuro, pues la vegetación empezaba a tapar cualquier destello de luz lunar. Me tropecé una que otra vez, pero los niños no, aun estando casi en las tinieblas; de hecho, parecía que conocían muy bien la zona. Entre varios árboles de troncos gruesos, casi pegados unos con otros como si fueran una cerca, se encontraba una parte libre de madera, un hueco del cual emanaba luz. Los niños lo atravesaron y, copiándoles, pecho tierra, los seguí.

Salimos a lo que parecía un ojo de agua y, mirando alrededor, me percaté de que había pocas entradas, pero llegaba la suficiente luz para hacer de ese espacio un lugar acogedor, justo lo necesario para quedarse un tiempo. Los niños pidieron que los siguiera nuevamente, esta vez caminamos un poco y empecé a divisar un pequeño campamento: unas cuantas ca-

mas, guijarros que circundaban un lugar de fogata, además de unas piedras más grandes que simulaban asientos. En una de ellas se encontraba sentado un joven de unos quince años, el cual no me quitaba los ojos de encima.

—¿Quién eres, soldado? —preguntó el joven de manera prepotente mientras me visualizaba de arriba a abajo—. No tenemos comida para ti. Si vas a quedarte tendrás que buscar tu propio alimento. —Asentí con la cabeza, pensé entonces que él era el jefe y si quería quedarme debía llevarme bien con él—. Cuando nos dejaron aquí tuve que hacerme cargo, ya que soy el mayor, mi número es el 137, pero los chicos sólo me dicen Eins.

—¿Hay más de ustedes? ¿Por qué el número? —pregunté con curiosidad.

—Así nos llamaban donde estábamos, pero un día sólo nos trajeron aquí, de eso hace ya cuarenta y tres lunas. Varios de nosotros han muerto, pero seguimos en pie, con el plan de cuidar a nuestros hermanos *Chimären*. —No entendí de lo que hablaba aquel muchacho y por la expresión que hice en mi rostro lo sabía— Ven conmigo —me demandó.

Mientras caminábamos, el chico me explicó que los otros eran un poco diferentes a sus hermanos, que era un dolor en el trasero conseguir que comieran algo distinto a las provisiones que tenían. El muchacho movió unas cuantas ramas que asemejaban una puerta y descubrió una senda con luz tenue.

Tragué saliva en cuanto vi lo que estaba enfrente de mí, de hecho, primero creí haberme vuelto loco o que lo que había comido se encontraba en malas condiciones, pero no era así. De dos postes de madera pobremente tallados se encontraba suspendido un tronco casi igual que los dos anteriores, de éste pendían tres cajas con barrotes metálicos, dentro de las cuales se encontraban figuras humanas amorfas completamente desnudas: todas presentaban piernas, tronco y brazos, pero en sus cabezas, las cuales eran enormes, había múltiples caras, narices dispersas, ojos dispuestos de una manera grotesca, dientes apiñados y mechones de vello en lugares donde ni siquiera debería haber.

Debajo de las cajas se encontraban pilas de excrementos que parecían ser de aquellas criaturas; sin embargo, eso no fue lo más sorprendente, sino que algunos niños, que rondaban los diez años, se encontraban alimentando a las monstruosidades. Tenían una pequeña canasta de donde sacaban trozos de pan y queso que ofrecían tímida-

mente envueltos en tela, luego las excentricidades sacaban una mano para agarrar la ofrenda que posteriormente engullían, no por una boca, sino por varias de ellas.

No aguanté ver tal escena más tiempo y me retiré. Llegué nuevamente al pequeño campamento, me senté sobre una de las rocas, que simulaban asientos, a meditar lo que había observado. Me di cuenta entonces de que el jefe me había seguido y se encontraba parado a un lado mío.

—Antes no eran así, eran muy parecidos a nosotros desde que nacimos, excepto 189 y 190, los hermanos de la primera caja. —Hizo una pausa, se sentó para después continuar—: un día los hombres con los que estábamos en aquel lugar blanco empezaron a meternos un líquido verde por las venas, también nos lo daban a tomar, era viscoso y tenía sabor amargo. Luego, mi hermano empezó a cambiar, tiempo después... murió. —El jefe volvió a hacer una pausa mientras se secaba las lágrimas que corrían por su caquéxico rostro—. Lo mismo pasó con los hermanos de los chicos que viste hace un rato; en cuanto vieron esto, los hombres nos trajeron aquí, abandonándonos; dijeron que los *Chimären* no servían para su experimento.

Conversamos un rato más sobre algunas banalidades que le preguntaba, hasta le expliqué un poco de mi historia para distraerme un rato del tema, sin embargo, no podía olvidar lo que había visto, era una barbarie creada por el ser humano. El muchacho me mencionó un camino por el cual podía huir, ya que se encontraba fuera de la vista de los soldados; me ofreció una cama hecha de hojas y me dejó dormir.

No sé cuánto dormí, pero no fue suficiente, a pesar de eso, ya no podía conciliar el sueño. Me levanté para luego encaminarme a aquella senda donde colgaban las cajas con los *Chimären*, vi cómo los niños de antes dormían cada quien en su cama, uno que otro en las piedras de aspecto peculiar; nadie me seguía. En cuanto entré en la senda observé a las criaturas, algunas dormían, o eso parecía, pues algunos de sus ojos no estaban cerrados, aunque aquellos que no lo estaban se encontraban opacos, tal vez ciegos. Unos tenían dificultad para respirar, en otros su mandíbula principal se encontraba hacia afuera, como dislocada. Eran blancos como el pan mientras que los mechones de cabello, que caían por sus abultadas cabezas, eran de distinta tonalidad, incluso en la misma cabeza.

—No consigo que coman algo distinto a lo que hay en esa canasta, nos las dieron cuando nos dejaron aquí —dijo una voz a mis espaldas, me giré rápidamente para encontrarme con Eins mirándome cruzado de brazos—. A veces yo tampoco puedo dormir —prosiguió mientras se acercaba—, he probado darles carne de ardilla, pero en cuanto la comen la vomitan casi enseguida; hace ocho lunas cazamos un cerdo que se escapó del campamento militar, también se rehusaron a comer esa carne; ahora intentamos alimentarlos con aves, pero tampoco está funcionando. Quedan pocas provisiones y si esto sigue así morirán de hambre.

De pronto, uno de ellos se despertó, los otros ojos que tenía cerrados se abrieron, una de sus bocas empezó a gritar, otra a balbucear, dos de sus caras empezaron a llorar y una más frunció lo que parecía ser el ceño. Los demás se despertaron ante esta reacción e hicieron lo mismo.

—Esto nunca había pasado, qué extraño —dijo Eins, rascándose la cabeza.

Sabía que algo no iba bien. Fue entonces cuando escuché el ruido de una motosierra, era común que los equipos exploradores de estas zonas cargaran con una, pero ¿cómo nos encontraron? ¡Las pisadas! Las huellas de mis botas que hice al seguir a los niños, olvidé cubrirlas.

Rápidamente saqué mi Luger. Mientras la cargaba le dije a Eins que nos escondiéramos detrás de un tronco; algunas ramas frondosas cayeron, dos sombras aparecieron, una tercera ordenó a las otras dos inspeccionar el lugar. Jalé el gatillo apuntando al soldado que cargaba la motosierra, un tiro certero le atravesó el pecho, haciéndolo caer como un costal de arena al suelo. El soldado a cargo de la unidad le ordenó al otro que seguía vivo ir por refuerzos y éste acató la orden empezando a correr. Apunté a su pierna, disparé dos veces y una de las balas alcanzó el objetivo, imposibilitando su huida. El último soldado, al encontrarse solo, lanzó una ráfaga de balas al aire. Varios de los *Chimären* gimotearon.

El soldado se dio cuenta entonces de lo que había en aquellas cajas, se había distraído y era mi momento de contraatacar. Salí de mi escondite, ejecuté el disparador nuevamente, pero esta vez fallé. El soldado me vio, empuñó su arma semiautomática y descargó el cargador completo contra mí. Mi brazo izquierdo absorbió todo el impacto de las balas, quedando una masa que arrojaba borbotones de sangre hacia

todos lados. Sentía que me desmayaba, hice un esfuerzo mientras el soldado recargaba su arma, subí la mía y le metí una bala entre las cejas. Después perdí el conocimiento no sé por cuánto tiempo.

Desperté obnubilado, vi mi brazo, se encontraba cauterizado, ya no sangraba, aunque no podía hacer nada con él. Desgraciadamente me encontraba en el lugar donde menos pensaba despertar: estaba suspendido, encerrado en una de las cajas de metal. En el suelo observé trozos de carne, brazos, piernas y las cabezas de los soldados que había matado.

—Es probable que no sepas lo que pasa —dijo una voz delante de mí. Levanté la cabeza, era Eins—. Verás, esos soldados mataron a 189 y 190, te encuentras en su jaula ahora. Curiosamente, cuando tu brazo explotó, la sangre manchó a nuestros hermanos. Cuando todo terminó, observamos cómo se relamían los restos que habían sido esparcidos sobre ellos, se me ocurrió entonces darles carne de los soldados, la cual devoraron como ninguna otra cosa que les dimos a probar, ¿entiendes lo que digo? Los *Chimären* están salvados, aunque la mala noticia es que pronto la comida escaseará. Debemos seguir con nuestra misión. Tú serás nuestra reserva.



Kenn, John. *Caged beasts*. 2018. *Instagram*. Web. Agosto 2019.

<https://www.instagram.com/p/BpMR1Z7gKr6/>



*La virgen que peca.* José Nicolás Campos Mendoza.

# ÍNDICE DE imágenes



*Furor amoris*  
Daniel Osvaldo Altamira  
Gasca, María del Rocío  
Velázquez Ramírez y Dim

3



*Omnia mors aequat*  
Daniel Osvaldo Altamira  
Gasca, María del Rocío  
Velázquez Ramírez y Dim

10



*Tu día de carnaval*  
Mr. Pulp

15

PIROCROMO  
60  
#19 CARNAVAL



*Protestad divina*  
María Victoria Velázquez Moreno

17



*Elogio a la locura I, II, III*  
Daniel Osvaldo Altamira  
Gasca, María del Rocío  
Velázquez Ramírez y Dim

21

*Isaac, el inocente*  
María Cristopher Ávila Macías

26



*Die Gemüsefrau*  
Emilio Román y Betty Salazar

27

*Beatus Ille I*  
Daniel Osvaldo Altamira  
Gasca, María del Rocío  
Velázquez Ramírez y Dim

31



*Beatus Ille III*  
Daniel Osvaldo Altamira  
Gasca, María del Rocío  
Velázquez Ramírez y Dim

34

*Contemplationem mundi*  
Daniel Osvaldo Altamira  
Gasca, María del Rocío  
Velázquez Ramírez y Dim

36



*Plagae*  
Miguel Ángel Fernández  
Sánchez

40

*Elogio a la locura IV*  
Daniel Osvaldo Altamira  
Gasca, María del Rocío  
Velázquez Ramírez y Dim

44



*Dum vivimos, vivamus V*  
Daniel Osvaldo Altamira Gasca, María  
del Rocío Velázquez Ramírez y Dim

47



*Dum vivimos, vivamus III*  
Daniel Osvaldo Altamira Gasca, María del  
Rocío Velázquez Ramírez y Dim

50



*La virgen que peca*  
José Nicolás Campos Mendoza

59